

grande, que la religión siita añade al credo mahometano: «No hay mas Dios que Allah y Mahoma es su profeta (enviado),» las palabras: *Alli veli Allah*, que quieren decir: «Y Ali es su allegado (ó representante).» Hay una secta, la de los «divinizadores de Ali,» que vé en él la encarnación de la esencia divina, y en general puede decirse que Ali, mas que Allah y su profeta, es para los siitas el objeto principal de su culto. Los siitas reconocen el Corán por la palabra de Dios, pero tuercen el sentido de este libro á fuerza de explicaciones alegóricas que todas se refieren al fin á Ali, de una manera que ni Allah ni su profeta jamás pudieron soñar. No contentos con esto, ya antes de cerrar el siglo iv de la égi- ra alteraron la letra del Corán y le añadieron todo un capítulo, por supuesto espúreo, para probar que Ali es tanto como el Profeta. Esto bastará para formar una idea de la tradición que los siitas han puesto en lugar de la sunnita. Entre otras cosas hacen decir al Profeta: «Yo soy la ciudad y Ali es la puerta de esta ciudad,» y «Ali es una parte de mí y yo soy una parte de él.» Mano á mano con estas aserciones tan atrevidas como inverosímiles va la tendencia de debilitar el respeto al Corán, porque teniendo los siitas la doctrina de ser la palabra divina una obra creada, deducen de aquí naturalmente que no hay que tomar lo que dice el Corán como absoluto é inalterable, y justifican con esto las alteraciones teológicas siitas del texto sagrado. Lo que con esto se ha logrado es que, efectivamente, los persas de hoy prefieren leer el *Jardín de Rosas* de Saadi y las poesías de Hafiz á profundizar el Corán.

La tendencia á rechazar y postergar todo lo que era árabe dió tambien lugar al dogma siita del imanato. Los sunnitas creen hoy que Abu Bekr, Omar y Othman, los tres primeros sucesores de Mahoma, habian recibido de Dios dones especiales, pero no niegan á Ali iguales favores divinos y además reconocen en un gran número de otros compañeros del Profeta un grado superior de santidad, y conforme requiere la verdad histórica admiten tambien la legitimidad del califato ejercido tanto por los omniadas como por los abasidas. Estas cuestiones, por lo demás, no tienen hoy en concepto religioso ninguna importancia desde que la sunna se ha sustituido á la autoridad de los califas como imanes ó sea como cabezas de la iglesia. Pero los siitas continúan en su exclusivismo intolerante y prescindiendo de los hechos históricos pretenden que los primeros califas, lo mismo que los omniadas y abasidas, fueron usurpadores ilegítimos y consideran como primer iman á Ali, nombrado por el mismo Mahoma, cosa evidentemente falsa de toda falsedad, y despues de Ali á dos hijos suyos, Hasan y Husein, y sucesivamente á los nueve sucesores directos de este último, á saber: Ali II, con el sobrenombre de *Sein El Abidin* (la joya de los devotos); Mohammed El-Bakir (el que busca la verdad); Scha'afar Es Sadik (el verídico); Muza El-Kazim (el que se domina á sí mismo); Ali III Er-Rida (ó *Er-Rifa* como dicen los persas, el favorito de Dios); Mohammed II El-Schavad (el generoso); Ali IV El-Ascari (el guerrero); Hasan II El-Jamt (1) (el amargo) y Mohammed III El-Mahdi, ó sea el iman ó profeta que está oculto y que vendrá al fin del mundo á restablecer en la tierra el reinado de Dios. De este último hemos ya hablado; tambien conocemos á Ali y á sus hijos, y á Ali Rida, que vivió en tiempo de El-Mamun, el cual quiso reconciliar á los abasidas con los descendientes de Ali casando á Ali Rida con la hija del califa, honor que costó la vida al

Chiraz que llevaba escrito en la suela de los zapatos el nombre de Omar con el objeto de ir pisando todo el día al enemigo mortal de su fe.

(1) Llámase *jamt* en el Corán, 34, 15, una fruta amarga, que se dará á comer á los infieles. Probablemente se indica en el apellido de Hasan que sería funesto á los enemigos de su casa.

yerno. Su sepulcro-mezquita se encuentra en Meschhed (2), cerca de Tus, como los santuarios de Nedschef y Kerbelá, donde murieron Ali y Husein, los oratorios que encierran los restos mortales de Muza, el séptimo iman de los siitas, y los de su hija Fátima, cerca de Cum en la Media. El culto que los siitas rinden á todos estos santos se funda únicamente en la consideracion de haber sido víctimas de la injusticia é iniquidad de los sunnitas.

De las demás doctrinas y mandamientos del Islam puede decirse en general que aparecen menos adulterados cuanto menos interesaban á los persas. Respecto de la definicion de Dios, divergen los teólogos persas de los sunnitas, opinando muchos que la esencia divina no admite enumeracion de cualidades; pero de esta cuestion no hacen artículo de fe. En la doctrina relativa á la predestinacion dejan algun campo al libre albedrío del hombre, en todo lo cual se aproximan mucho á los motasilitas. Hoy por hoy se observa entre los persas poca aficion á estas cavilaciones metafísicas; las personas instruidas profesan sin excepcion las ideas mas ó menos panteistas que desde tiempos remotos han encontrado eco en Persia constantemente y que cobraron nuevo vigor á la sombra del sufismo ó misticismo. La doctrina siita de las postrimerías da á Ali un puesto al lado de Mahoma como abogado de los fieles el día de la resurreccion, y condena al infierno juntamente con los infieles á los que no reconocen á los doce imanes. La limpieza es casi el eje á cuyo rededor giran todas las prácticas religiosas del culto siita. Los rezos y oraciones se diferencian de los de la religión sunnita solo en puntos secundarios y exteriores, siendo lo mas notable que la oracion pública del viernes no es obligatoria en las mezquitas y los fieles la rezan individualmente, atendido que desde la desaparicion del duodécimo iman no hay rezador público. El ayuno en el Ramadan es observado por los siitas con mas rigor que por los sunnitas, pero los persas lo quebrantan en secreto mucho mas que sus adversarios. El persa es muy aficionado á las peregrinaciones, pero prefiere visitar los sepulcros de sus imanes, sobre todo los de Ali y Husein en Nedschef y Kerbelá y el de Ali Rida en Meschhed, á la Ka'aba en la Meca, aunque puede pasar con este objeto por el territorio turco desde que el bondadoso sultan Abdul Medyid, que reinó desde 1839 hasta 1861, concedió permiso para ello. Antigua es la costumbre de los siitas piadosos de hacer trasladar sus restos mortales y darles sepultura cerca de las mezquitas funerarias de los imanes santos. Esta costumbre piadosa hace que el viajero encuentre á menudo largas caravanas de camellos cargados de ataúdes que encierran cadáveres de fieles, hasta de la India, y apestan el aire en su largo tránsito sin que nadie se atreva á quejarse.

No pudiendo los persas borrar del Corán la prohibicion de beber vino, lo beben en secreto, dejando á los judíos y cristianos el cuidado de cultivar la vid y de hacer el vino. Son particularmente aficionados á él desde antiguo los habitantes de Chiraz, cuya comarca produce un vino riquísimo y de mucha fama, tanto que el célebre poeta Hafiz, hijo de esta ciudad, encabezó ya en el siglo xiv su libro de canciones con el verso:

«¡Alarga la copa, escanciador, y que dé la vuelta!»

Pero á fin de no insultar á las almas religiosas, añade el místico poeta que el vino extasia al hombre y le embriaga de amor divino. Cuando el persa vividor se va haciendo viejo, renuncia á los placeres del mundo, de los cuales ha disfru-

(2) Los siitas creen que Ali Rida murió envenenado por El-Mamun, por cuya razon llaman el sitio de su sepulcro *Meschhed*, que quiere decir «lugar del martirio.»

tado de una manera para nosotros mas que repugnante, se dedica á las contemplaciones serias y se prepara para la otra vida. Un convertido de esta clase, llamado Nasiri Khosran, descendiente del iman Ali Rida, nos explica estas conversiones. Nasiri, hombre distinguido y apreciable, nos explica en el año 1045 de nuestra era, nos ha dejado, además de muchas poesías instructivas, una descripcion interesantísima de sus viajes por la mayor parte de los países mahometanos, en cuyos viajes gastó siete años, empezando por una peregrinacion á la Meca, que emprendió á consecuencia de una peripecia de la vida cuando contaba 44 años de edad. Véase cómo se expresa (1): «Llegué á Schudschan (2), donde permanecí casi un mes, bebiendo siempre vino (lo confieso porque el Profeta dice: «Decid la verdad siempre, aunque sea en contra vuestra»). Una noche oí soñando que alguien me decía: «¿Cuánto tiempo quieres beber vino, sabiendo que priva á las personas de la razon? Mas te valdría volver en tí.» Yo respondí: «Los sabios no han podido descubrir otra cosa que nos quite las penas de la vida.» Me replicó la voz: «El aturdimiento de los sentidos y la embriaguez no son la paz interior; no debe ser llamado sabio aquel que enseña á los hombres el camino de la embriaguez; lo que debe buscarse es lo que aumente la inteligencia y la razon.» A esto observé: «¿Dónde encontraré eso?» Y entonces me dijo el ser que me hablaba, señalando en direccion de la Meca: «El que busca encuentra.» Cuando me desperté me acordé perfectamente de la aparicion, me sentí conmovido y me dije: «Héme aquí despertado del sueño de esta noche; ahora falta que despierte del sueño de mis cuarenta años,» y comprendí que no podía encontrar reposo si no cambiaba toda mi manera de vivir. Me lavé la cabeza y todo el cuerpo, y me dirigí á la mezquita principal, donde oré.....»

El número de fiestas religiosas era antes excesivo en el calendario persa comparado con el sunnita, tanto que los mahometanos de otros países solian decir de una persona haragana: «Celebra tantas fiestas como los persas,» y á principios de este siglo dijo un embajador persa á un hombre de Estado inglés de la India: «Si V. quiere ser comprendido por mis compatriotas, les ha de hablar á los ojos y no á los oídos.» A medida que empobreció la nacion, cayeron en desuso unas tras otras muchas fiestas y hoy solo se celebran dos como generales. La primera es el *Naurus*, la fiesta del año nuevo de los antiguos iraneses, que empieza exactamente el día en que entra la primavera y dura trece días. Determinase por el calendario solar de los persas antiguos, y no por el calendario mahometano. Es, como hemos dicho, fiesta nacional persa antiquísima, que probablemente han respetado tambien siempre los persas mahometanos, y hasta los califas abasidas como los reyes de Persia, incluso el actual, la han celebrado dando audiencia solemne el día de año nuevo, en cuya ocasion los grandes del reino presentan al soberano con sus felicitaciones valiosos regalos. La segunda fiesta general es la de *las Lágrimas*, en la cual se conmemora el martirio y muerte de Husein cerca de Kerbelá, el 10 de cada Moharram, con grandes procesiones, despues que en los días anteriores se han representado autos teatrales de la pasion del iman mártir. En las procesiones hay fanáticos que se abren en el propio cuerpo heridas horribles y todos rivalizan en dar muestras de dolor y desesperacion. Las demás fiestas, los dos *beiram*, el natalicio del Profeta, la muerte de Omar y otras, se celebran casi solo por las clases altas de la nacion. En el siglo xvii se celebraba todavia la fiesta del

(1) *Sefer Nameh, Relation du voyage de Nassiri Khosran, publié, traduit et annoté par Charles Schefer, Paris, 1881, pág. 2 del texto y 3 de la traduccion.*

(2) Cerca de Balh, en la Persia oriental.

sacrificio (*id-i-curban*), comun á todos los mahometanos, en que cada lugar sacrificaba con gran solemnidad un camello.

Muchas particularidades nacionales de la religión siita se desarrollaron con el tiempo desde que los sofíes la hicieron religion del Estado persa. Esta tendencia era muy viva á fines del siglo ii de la égi- ra (viii de nuestra era) entre todos los mahometanos de Persia, pero entonces impidieron su desarrollo circunstancias exteriores que expondremos ahora.

CAPITULO II

FORMACION DE LAS PRIMERAS MONARQUÍAS EN PERSIA

Quando en el año 205 (821) El-Mamun hubo encargado el gobierno de las provincias orientales del califato al persa Tahir, componíase la poblacion de aquellas provincias de una multitud de elementos de diferente procedencia que se habian ido mezclando y confundiendo mas ó menos segun las comarcas. En las aldeas situadas léjos de las ciudades y de las grandes vias de comunicacion, que no habian tenido que alojar tropas árabes, ni habian sido visitadas por recaudadores ú otros funcionarios de los califas, ni recibido colonos árabes, la raza iranés se habia conservado, y se conserva todavia, relativamente pura; allí, aun bajo la dominacion árabe, ya pública, ya secretamente, se rendia culto en muchas comarcas al fuego sagrado y se conservaba la memoria de la pasada grandeza del Iran antiguo, de sus reyes y héroes. En las familias de los antiguos jefes de las pequeñas localidades, llamados *dahkanes*, especie de nobleza rural, era donde se conservaba, con las tradiciones nacionales, el recuerdo de tiempos mejores y de un origen mas noble. En todas partes, si bien mas en las provincias occidentales que en las orientales, habia entre la poblacion persa elementos árabes, en general hijos de padres árabes y de madres persas, que formaban las guarniciones permanentes en las provincias, y que á consecuencia de la poligamia, del vigor juvenil de la raza y de la posicion superior que ocupaban en el país conquistado, se debieron de multiplicar de una manera extraordinaria. Segun la letra de la ley, los habitantes persas y de otras procedencias que adoptaban la religion mahometana, ya en las ciudades, ya en las comarcas rurales, gozaban de los mismos derechos que los árabes; pero en la práctica no se cumplía la ley exactamente, porque si bien los convertidos formaban con los árabes las clases superiores de la sociedad, quedaba reservada principalmente para los árabes la carrera de las armas y la vigilancia religiosa, y para los conversos se dejaban el comercio y las industrias, el cultivo de las letras y de las ciencias, y los puestos de la administracion civil. Gradualmente y por la influencia que cobró en el gobierno el elemento persa en tiempo de los abasidas, se fué borrando la desigualdad entre la raza vencedora y los mahometanos del país, tanto que los persas adoptaron en su idioma y trato familiares miles de vocablos árabes. Durante largo tiempo, hasta el advenimiento de la dinastía de Sofí, los escritores persas en sus obras en que trataban del Corán, sea bajo el punto de vista lingüístico, sea bajo el de doctrina, así como en las relativas á otras ciencias menos la historia, se sirvieron de la lengua árabe, como los eruditos europeos se servian del latin en la Edad media. En las opiniones y costumbres se operó igualmente una fusion paulatina y mútua, pero al fin los conquistadores se fueron asimilando al pueblo, como ha sucedido por lo general en todos los casos análogos.

Las comarcas de la region del mar Caspio conservaron sus particularidades nacionales, porque los árabes jamás

conquistaron someterlas de veras, y en las provincias del Este era insignificante el elemento árabe fuera de las ciudades grandes. A medida que se avanzaba hacia el Este predominaba la raza turca, de la cual descienden los turcos de Europa, y hacia el Sudeste dominaban por su número los indo-germanos no persas. En toda la vasta región situada entre el Oxo y el Yaxartes, y que comprende la Bactriana de la antigüedad y el Afganistan actual, se habían establecido desde antiguo tribus indias, iranesas y otras procedentes del Norte, de raza turca, tártara ó mogola, que como los pueblos conocidos de esta raza invadieron ya en tiempo del antiguo imperio persa, del macedonio y del persa medio, desde las regiones frías cuyo centro forman los montes Altai y desde los desiertos de aquella parte del Asia, los territorios del antiguo Iran, influyendo poderosamente en sus destinos. En tiempo de los arsácidas estas tribus penetraron por el valle de Cabul hasta la India y hasta la frontera del reino de Kirman, siendo muy posible que pertenecieran á estas tribus los dueños de Cabul, que los autores musulmanes llaman turcos y que tanto dieron que hacer á los ejércitos mahometanos. Turcos eran los pueblos que con su caballería se apoderaron en el año 560 de nuestra era de la Transoxania, entonces en poder de los heftalitas, pueblo también del Norte y antes de los turcos muy poderoso. Estos últimos formaron en la Transoxania un grande imperio gobernado por un khan ó jakan (rey de reyes). Este imperio comprendía una parte considerable del territorio habitado desde antiguo por la raza iranesa, que dominaba en tiempo de los aqueménidas hasta el khanato de Khiva, cerca del lago Aral, de lo que se infiere que los habitantes, por lo menos los sedentarios de la Bactriana, de la Transoxania y del oasis de Khwarism eran iraneses, y hoy mismo la población en las ciudades de la Transoxania es en su mayoría de raza persa, no obstante que los mogoles y los tártaros asolaron durante siglos toda el Asia central y que los turcos usbeques dominaron toda la Transoxania también bastante tiempo. Es de suponer que el gran khan de aquellos pueblos turcos dejó, como dejaron después los mahometanos á las diferentes comarcas, cierta autonomía administrativa; pero de todos modos debía ser de origen turco una parte no pequeña de la población, pues que turcas eran en su mayoría las grandes masas de esclavos y después de soldados que de aquel país fueron conducidos á Bagdad (1). Al Mediodía de estos turcos del Nordeste y al lado de los llamados turcos de Cabul habitaban tribus que tampoco pertenecían al grupo persa; los pactios de la antigüedad, que hoy se llaman puschtus, límites de la India; los habitantes montaraces de Gor, país fragoso al Sudeste de Herat, de los cuales y de los puschtus se ha formado, con agregación posterior de mogoles, el pueblo afgan. En el Sudeste vivían además indios que en época anterior habían dominado en el Cabul, desde donde habían introducido la religión budhista en la Persia oriental. Todos estos elementos extranjeros eran obstáculos que impedían ó dificultaban el desenvolvimiento político y religioso de la nacionalidad persa. Los turcos asiáticos, en cuanto empezaron á pensar en cosas de religión, se inclinaron

(1) Erróneamente he dicho en la primera parte de esta obra que Afschin, originario de Oschrusana, era turco, siendo sin ningún género de duda vástago de una antigua familia iranesa. Según Beruni, erudito mahometano natural de Khiva, que vivió en el siglo V de la éjira (el XI de nuestra era), era también de raza iranesa la antigua familia soberana de su país que conservó bajo el dominio árabe una gran parte de sus atributos de gobierno; y como la palabra de *ishchid*, título de los soberanos turcos de Fergana, resulta ser de origen iranes, es de suponer que reinaba también en Fergana sobre los habitantes indígenas una dinastía iranesa.

conforme á su inteligencia perezosa (2) á la religión sunnita con su dogma ortodoxo que dispensa de toda cavilación religiosa, muy diferente del siismo, cargado de argucias y alegorías sutiles, y lo mismo hicieron después los afganes á su tiempo, que á fines del siglo II de la éjira (el octavo de nuestra era) eran todavía paganos ó budhistas.

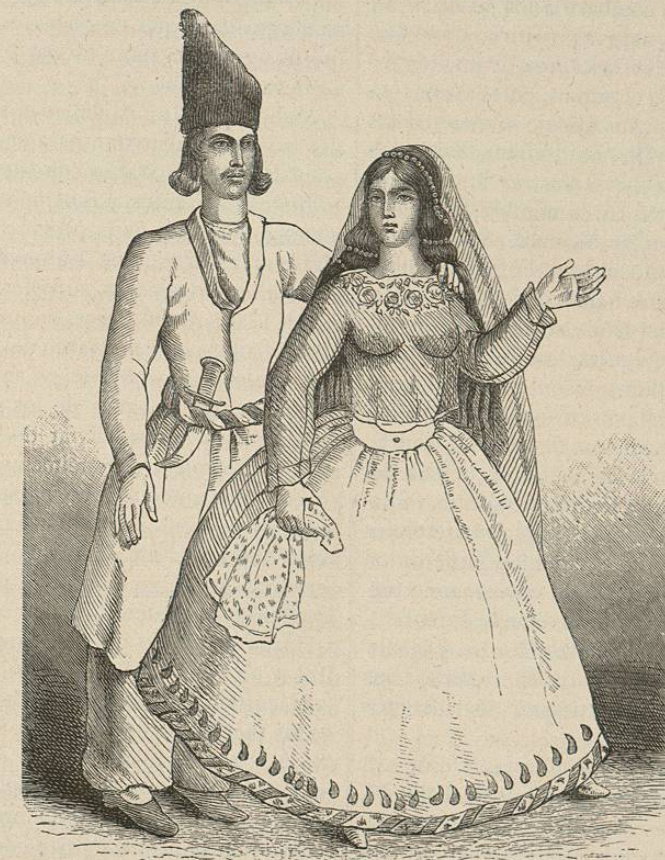
Verdad es que en aquella época no se habían exacerbado todavía los antagonismos nacionales entre persas y árabes, ni los religiosos entre el mahometismo ortodoxo y el siismo, y así el que hubiera emprendido la tarea de emancipar á la nación persa del califato de los abasidas, que á pesar de su decadencia disponía todavía de fuerzas respetables, habría tropezado con grandes dificultades en el Este y Oeste del imperio persa. Por esto vemos que las primeras tentativas para hacer á la Persia independiente, fueron efecto de ambiciones personales mientras continuó el antagonismo religioso en su estado latente.

En la primera parte de esta obra hemos referido la historia de la tentativa de Tahir, gobernador de las provincias orientales, para hacerse independiente de El-Mamun, y que á pesar del mal éxito de su empresa y de la súbita muerte de Tahir, no se atrevió el califa á quitar á sus hijos, Talja y Abdallah, el gobierno del país. Estos dos no habían heredado el genio rebelde de su padre, de suerte que la posición independiente que disfrutaron no condujo por mucho tiempo á ningún conflicto con el califa. Por el contrario, mientras Abdallah libró como general del califa Mamun batallas á los enemigos de éste en la Mesopotamia y el Egipto, su hermano Talja administró las provincias de su mando en nombre del califa con toda regularidad, aun sin recibir órdenes directas de Bagdad desde el año 207 hasta 213 de la éjira (822-828). Tenía su residencia en Nischapur desde donde gobernó el Corasan con los territorios limítrofes y ejerció la autoridad del soberano sobre el Tabaristan y la dilatada Transoxania, cuyas diferentes provincias estaban confiadas á los hijos de Asad, hijo de Saman, que descendían de una antigua y distinguida familia persa. Estos hijos de Asad y sus descendientes figuran en la historia con el nombre de samanidas por su abuelo Saman. Eran protegidos del califa Mamun, que cuando del Oriente pasó á Bagdad había expresado el deseo de verlos colocados como sub-gobernadores de las provincias de la Transoxania, y así se había hecho en el año 204 (819-820). Los samanidas conservaron sus puestos bajo el gobierno de los tahiritas, siendo el más importante é influyente el gobierno de Samarcanda, que había tocado primero á Nuh I Ibn Asad, pasando á su muerte á su hermano Ahmed I y después al hijo de éste, Nasr I. El gobierno de la citada provincia quedó, pues, en la misma familia, como quedó la lugartenencia de todo el Este en la de Tahir. Ambas dinastías prefirieron constantemente el fomento de la prosperidad material é intelectual de los territorios sometidos á su mando, á las glorias militares, y bajo su gobierno benéfico aquellos países dejaron de ser víctimas de codiciosos lugartenientes árabes. Eran sus respectivos dominios demasiado dilatados para que pudieran defenderse victoriosamente con sus propios recursos contra sus enemigos exteriores, mientras no lo eran tanto que no hubiesen permitido gobernar desde un punto céntrico todas sus partes con la debida solicitud y eficacia. Gracias á estas circunstancias disfrutó la Persia oriental, y mas todavía la Transoxania durante largos períodos, con las interrupciones inevitables en Oriente, los beneficios del orden y de la paz, á cuya sombra prosperaron sus habitantes.

(2) Es una excepción notable la de Alfarabi, el mayor filósofo oriental de la Edad media, el cual era de raza turca.

Ya hemos dicho que los hijos de Tahir, Abdallah, general eminente y poeta notable, y su hermano Talja se mantuvieron constantemente fieles al califa. Murió Talja, y su hijo Alí ocupó interinamente su puesto, pero pereció á manos de sublevados. Recibidas ambas noticias por El Mamun en el año 213 (828-829), nombró lugarteniente en aquella región á Abdallah, ocupado entonces en organizar un ejército contra Babek. Partió Abdallah para su nuevo destino, restableció rápidamente el orden y gobernó los territorios sometidos á su mando con su lealtad acrisolada durante el reinado de Mamun y de su sucesor Motasim, hasta su muerte, que ocurrió el 26 de noviembre de 844 (11 de Rabí I 230). El descendiente de Alí, Mohammed Ibn Kasim, había

organizado en el año 219 (834) en Talekan, lugar cerca del Corasan, una sublevación, que fué sofocada, siendo hecho prisionero su instigador y enviado por Abdallah á Bagdad; y cuando se sublevó el ispedeh del Tabaristan á instigación de Afschin, Abdallah defendió también los derechos del califa, si bien el culpable estaba además bajo la jurisdicción de Abdallah. Esta conducta era muy correcta y plausible mientras que el poder del califa imponía respeto y podía acudir al auxilio de sus subordinados, pero cuando desde la muerte de Motasim se fué haciendo patente la decadencia de los abasidas y creció la insolencia de los pretorianos turcos, habría sido mas acertado para Abdallah y sus sucesores circunscribirse al mantenimiento del orden en las



Habitantes de ambos sexos de Chiraz

provincias orientales y abandonar á su suerte el califato, con el cual los tahiritas, como dueños de la Persia oriental, no tenían intereses comunes. Para esta política práctica y modesta eran los tahiritas demasiado soberbios, querían dirigir la nave del inmenso imperio, conservando la parte oriental y restablecer el orden en el Irak; pero sus fuerzas no llegaban á tanto. Abdallah solía decir: «Procura ser rico y no te faltará fama póstuma,» y así había obrado. Había construido en Bagdad un palacio para sí y los suyos, que con sus dependencias formaba como una pequeña ciudad y eclipsaba en fastuosidad los palacios de todos los demás grandes del imperio; se rodeaba de poetas y eruditos, y su munificencia era hasta para sus coetáneos extraordinaria; pero en cambio descuidó algo la fuerza militar de sus provincias. Confiaba demasiado en su poderío, que en efecto era colosal, porque cuando murió en el año 230 (844) las repetidas concesiones de los califas le habían hecho dueño como feudatario de las provincias propiamente orientales, además del Kerman, de la Media; y gobernaba también nominalmente hasta el Irak, tan maltratado por los califas y sus turcos, con el título de

generalísimo del imperio y de gobernador de Bagdad. Sucedió en todos estos cargos y dignidades su hijo Tahir II, que gobernó desde el año 230 hasta 248 (844-862). Fué confirmado como de costumbre sin la menor dificultad por el califa, pero no tardó en echarse de ver que era imposible gobernar simultáneamente en Nischapur (1) y en Bagdad, y Mutawakil se vió precisado en el año 237 (851) á conceder la lugartenencia del Irak y el cargo de gobernador de Bagdad á Mohammed Ibn Abdallah, hermano de Tahir II, el cual á instancias del califa se estableció permanentemente en Bagdad. Mas habría valido á los dos hermanos renunciar de una vez á los dos cargos y concentrar toda su atención y sus fuerzas reunidas en sus dominios del Este, de lo cual habrían debido convencerse en aquel mismo año de 237 (851-852).

Antes de partir Mohammed Ibn Abdallah para Bagdad, se había levantado una facción en el Sedyestan, provincia situada al Sudeste del Corasan é incorporada al imperio

(1) En la primera parte he dicho equivocadamente Merw.